

La resurrección de Lázaro

Por Daniel Del Vecchio

Lugar: Antequera (Retiro de hombres)

Fecha: 8 de julio de 2001

“Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir”. (Juan 11:43.44)

Siento en mi espíritu una profunda conmoción y responsabilidad. El Señor me ha revelado las cosas invisibles, penetrando hasta dentro del velo, es decir, adentrándome en el mismísimo corazón de Dios. He visto la situación general de la iglesia y el estado espiritual de algunos de vosotros. El panorama es bastante lamentable. Puedo decir, con toda certeza, que si Dios me ha hablado alguna vez, ha sido en esta mañana. Dios desea sorprendernos pero sin la colaboración de cada uno no puede obrar. Él busca hombres que estén en la brecha. Así comenzará el avivamiento en España. ¡Basta ya de dar vueltas en el desierto! Es tiempo de tomar sus advertencias en serio. Para escuchar las amonestaciones de Dios debemos ignorar la personalidad del predicador y rechazar en nuestra mente todo elogio de elocuencia hacia el mismo.

Recordemos que el principal propósito de éste retiro de hombres es oír y obedecer la voz de Dios, con el fin de restaurar o profundizar individualmente nuestra relación con Él. Entonces ¿quieres escuchar de veras su voz o sólo deseas experimentar ciertas emociones? Adán y Eva se escondieron de la presencia de Dios. *“...y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto. Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?” (Génesis 3: 8.9).* Hay muchos “árboles” para esconderse y cerrar los oídos a su verdad.

Dios me ha encomendado este mensaje y tengo que serle fiel. Simultáneamente ha mostrado al grupo de intercesión la condición interior de varios de vosotros: “Recluidos en una cueva oscura, envueltos y atados en un sudario, mal olientes”. Esta visión me lleva a meditar acerca de la muerte y resurrección de Lázaro. Sabemos muy bien dónde se encontraban sus hermanas María y Marta, pero ¿dónde estaba él?

María se hallaba sentada tranquilamente a los pies de Jesús y mirando su rostro, ella escuchaba con atención las enseñanzas de su Maestro. María escogió la mejor parte, la cual no le será quitada: atesorar la palabra de Dios y deleitarse en su presencia. Marta, en cambio, expresaba su amor sirviendo a Jesús, pero lo hacía agitada y ansiosa, por ello fue necesario instruirla acerca de

las prioridades, para que gozará de la visita del Señor: ¹“*Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria*” conocer a Dios.

Insisto, ¿dónde estaba Lázaro? Y ¿dónde estás tú espiritualmente?

Antes de convertirnos o nacer de nuevo, vivimos en pecado e iniquidad, separados de Dios, muertos espiritualmente. No obstante, la mayoría habéis recibido a Jesús y habéis experimentado el traspaso de muerte a vida, asimismo habéis gustado de la buena Palabra de Dios habiendo probado también los poderes del mundo venidero². Muchos ignoráis que se puede morir otra vez. Y otros seguís aún muertos, no habiendo experimentado la resurrección. “*Porque el ocuparse de la carne es muerte...*” (Romanos 8:6) La carne no es el cuerpo físico sino la naturaleza pecaminosa heredada de Adán, que mora en nosotros y abarca nuestra mente, emociones y voluntad. El apóstol Pablo advierte sobre nuestra conducta: “*...porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.*” (Romanos 8:13). Nos hallamos ante el dilema de la vida o la muerte, la encrucijada del bien o el mal. Todas tus determinaciones de vivir en santidad y tus intentos de cambiar crucificando los deseos del “viejo hombre”, fracasarán. Te sentirás frustrado, si no cuentas con un poder mayor al dominio de quién es tu peor enemigo: tu propia carnalidad.

¿Cómo podemos lograr la victoria si generalmente, en el momento de la prueba nos sentimos solos, pecadores, incluso dudamos de la existencia de Dios? Pues manteniéndonos en comunión constante con nuestro Padre Celestial y andando en sumisión al Espíritu Santo. Así la carne no tendrá oportunidad alguna y podremos vencer la tentación “*...y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros.*” (1ª Juan 4:4)

Todos nacemos bajo la maldición de la ley y nadie puede ver ni entrar en el reino de Dios, si no ha nacido de nuevo. “*...el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*”. (Juan 3:3) “*...el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.*” (Juan 3:5) Somos regenerados por medio del arrepentimiento. La vida de Dios en Cristo entra en nosotros, nos despoja del poder y de la carga del pecado rescatándonos del reino de las tinieblas: “*...el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quién tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.*” (Colosenses 1:13.14)

¹ Lucas 10: 41.42

² Hebreos 6:5

¿Entonces, por qué, después de nacer de nuevo se puede pasar de la vida espiritual a la muerte espiritual? Puede ocurrir por diversas causas. Comparemos el área natural del niño con el área espiritual del neófito.

Es posible morir por descuido. Si descuidamos la alimentación y la protección necesaria al niño, su crecimiento y desarrollo se resentirán, pudiendo llegar incluso a morir. Lo mismo ocurre espiritualmente. En caso de actitud de abandono y desidia, nos vencerá el desfallecimiento. Leemos en la epístola de Hebreos: *¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? (Hebreos 2:3)*

Es posible morir por enfermedad. Las primeras secreciones de la leche materna se denominan “calostro”, excelente por sus sustancias inmunológicas para ayudar al recién nacido a luchar contra las infecciones más comunes de la infancia y reforzar su propio sistema de inmunidad. Dios nos ha provisto, asimismo, de un sistema defensivo, ante los ataques víricos por medio del “calostro” de su leche espiritual: *“desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación.” (1ª Pedro 2:2)*. También, como “bebés espirituales” nos es indispensable el calor y la inyección de vida que imparte la cobertura espiritual de la iglesia, para crecer, madurar y producir “anticuerpos” capaces de neutralizar y erradicar todo foco de propagación contaminante y destructivo.

Es posible morir por desnutrición. El niño depende de los demás, para alimentarse y procurar su posterior salud física y mental. Pero esto no debe ser una etapa permanente, superada la niñez lo normal es empezar a comer solo. Sucede exactamente igual en lo espiritual. Al principio es fundamental que otros, nos instruyan en los rudimentos de la doctrina, que nos den la dieta adecuada y nos inculquen la disciplina de alimentar nuestro espíritu para fortalecernos y no desmayar. Hay que beber del Espíritu de Dios y comer del Verbo hecho carne, la Palabra (el Logos) para vivificarnos. *“Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.” (Juan 6:55)*. Un insuficiente aporte de “nutrientes”, facilitarían la agresión de gérmenes y la invasión del enemigo a través de tentaciones y pensamientos diabólicos.

Es posible morir por asfixia. Los niños deben dormir boca arriba, pues es la postura más segura para evitar en gran medida el peligro de muerte súbita. Y nosotros debemos: *“Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”.* (Colosenses 3:2) para impedir que la semilla de Dios en nosotros se asfixie poco a poco a causa de los pedregales y penalidades de la vida o los abrojos y

espinos del camino, que representan los quehaceres de este mundo, como afanes, riquezas, codicias y placeres, terminan secando la palabra, ahogándola, haciéndola infructuosa.

Es posible morir por falta de oxígeno. Algunos recién nacidos llegan a sufrir un déficit de oxígeno en la sangre y por consiguiente, un deterioro de los órganos vitales capaz de provocar la muerte. Igualmente, la carencia de “oxígeno”, al nacer de nuevo, deja sus secuelas. La oración es vital para nuestra vida espiritual, como lo es la respiración para nuestra vida natural. “*Orad sin cesar.*” (1ª Tesalonicenses 5:17). Los pulmones de nuestra alma necesitan oxigenarse con la esperanza que sólo se recibe en oración. La práctica de orar tiene que ser una constante en nosotros para no aspirar la nauseabunda atmósfera mundana que nos rodea. La falta de oración nos va restando fuerza y vida para dar a los demás.

Es posible morir por accidente. El mayor número de accidentes de niños se produce en la propia casa y precisamente por descuidos de las personas que deberían protegerlos. La Biblia nos advierte de los escándalos por venir: “*¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!*” (Mateo 18:7). En la iglesia también se originan “accidentes” o caídas espirituales, por contiendas y hostilidades, que dan lugar a la disensión y división. Las piedras de tropiezo en nosotros, causan numerosos daños y heridas, alteraciones en la edificación del cuerpo y trastornos del crecimiento espiritual. “*Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano.*” (Romanos 14:13)

En la etapa adulta, es posible morir por suicidio. Si vivimos con demasiada afinidad, atracción e intereses en el mundo, nos hallaremos luchando en medio de una impetuosa ola que tarde o temprano, nos arrastrará. La continua e implacable persecución nos coaccionará hasta abandonar y dimitir espiritualmente. Es como nadar y luchar contra corriente por alcanzar la orilla y que a pesar del esfuerzo, la resaca te empuje mar adentro. Extenuado, ya no puedes más, te rindes y te hundes.

Es posible morir por arteriosclerosis. Es decir, por el endurecimiento de la pared de las arterias, siendo causante de muchos problemas del corazón. En la vida espiritual, tal endurecimiento comienza cuando nos negamos a obedecer la voluntad revelada de Dios, originándose el hecho de nuestro peregrinar por el desierto, donde brotan la incredulidad, la murmuración, la amargura y la rebelión. Procuremos con diligencia aceptar y acatar la Palabra de Dios, para que no se obstruyan o se endurezcan las “arterias” de nuestro corazón y entrar así en el reposo del Señor: “...*Si oyereis*

hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, donde me tentaron vuestros padres; me probaron” (Hebreos 3:7.9)

En cualquier caso, la raíz es el engaño del pecado y esto nos separa de Dios. Consecuentemente el final es la muerte: *“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 6:23)* Pero aquel que es el autor de la vida puede levantarnos de los muertos y restaurarnos. Jesús es el único que tiene poder sobre la vida y la muerte, así como para perdonar nuestros pecados. *“Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.” (Juan 11:25)*. Cuando nos encontramos bien físicamente, es difícil discernir con honestidad nuestro estado espiritual, pues corremos el riesgo de sentirnos satisfechos aun encontrándonos en un estado comatoso. San Pablo dirigiéndose a la iglesia de Corinto, les dijo: *“Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen.” (1ª Corintios 11:30)*

¿Cómo podemos saber si alguien está muerto espiritualmente?

Una medida sencilla para detectarlo es poner un espejo delante de su boca. Si no se empaña es porque ha dejado de respirar y morirá en unos pocos minutos. Sin respiración espiritual sucederá lo mismo. Si dejamos de tener diariamente comunión íntima y plena con el Espíritu Santo, morimos: *“orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu” (Efesios 6:18)*. Otra forma de averiguarlo es auscultando los sonidos cardíacos con el estetoscopio. El corazón, con cada latido, envía sangre a todo nuestro cuerpo, suministrando el oxígeno necesario para vivir. Las arritmias pueden causar un paro cardíacorespiratorio mortal.

¿Cómo van tus “contracciones” espirituales? ¿Tu corazón ha dejado de bombear? ¿Te conmueves, te compadeces y te estremeces por la situación de la iglesia? ¿Tienes compasión y dolor por las almas perdidas? ¿Está tu conciencia compungida o endurecida? La persona espiritualmente muerta ni siente, ni padece. *“Buscad a Dios, y vivirá vuestro corazón.” (Salmo 69:32)*. La intercesión, para la vida de la iglesia es el órgano vital, el corazón. Y sus latidos, son las oraciones de los hombres y mujeres que se ponen en la brecha como guardianes y guerreros, a favor de otros, para que intervenga la mano de Dios. Dejar de comunicar, de participar, de compartir con el prójimo, es otro indicio de estar sin vida. Así también, los que andan en tinieblas están muertos espiritualmente y no tienen ningún vínculo con la luz. *“¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?” (2ª Corintios 6:14)*. No obstante, podemos conversar mucho sin que haya una pizca de comunión

divina. Únicamente gozamos de verdadera comunión unos con otros si caminamos en la luz y en la presencia de Dios. La Biblia nos dice: *“pero si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros.”* (1ª Juan 1:7). Un muerto obviamente no ve nada, como el que está ciego espiritualmente, vive en oscuridad sin saber dónde está ni a dónde va. El profeta Isaías nos describe la condición de "ceguera espiritual": *“Palpamos la pared como ciegos, y andamos a tientas como sin ojos; tropezamos a mediodía como de noche; estamos en lugares oscuros como muertos.”* (Isaías 59:10). El anhelo de Dios es que vivamos en la luz y nuestros ojos que sean abiertos, para ver la mies y mirar la necesidad. No seamos como Sansón, que seducido por los deseos de los ojos fue guiado en una dirección errónea. Ciertamente donde hay luz hay vida, edificación y visión espiritual.

Vemos también que el que está muerto espiritualmente no tiene ni inquietud, ni ocupación por el reino de Dios. *“Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo.”* (Juan 5:17) Y nosotros ¿Para quién trabajamos? ¿Estamos invirtiendo la vida en aquello que es imperecedero? *“Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece.”* (Juan 6:27). Para la mayoría, el trabajo es simplemente una forma de ganarse la vida y de mantener a su familia. Tan sólo Jesús nos da lo que realmente se refiere a la vida eterna. *“...en los negocios de mi Padre me es necesario estar”* (Lucas 2:4). Quien está muerto espiritualmente, tampoco tiene hambre en medio de la abundancia de alimento espiritual. Sufre desgana y falta de entendimiento a causa de la incredulidad. *“Su alma abominó todo alimento, y llegaron hasta las puertas de la muerte.”*(Salmo 107:18)

Por último, el cuerpo sin vida comienza a corromperse, a pudrirse, despidiendo un hedor insoportable. Regresando de nuevo a su estado primitivo. Del polvo venimos y en polvo nos convertiremos. El muerto espiritual vuelve a actuar y a pensar como antes: *“...El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno”* (2ª Pedro 2:22). En cambio, el que está vivo espiritualmente ha derramado el “frasco de alabastro” de su vida quebrantada para el Señor y lleva su esencia por dondequiera que vaya. Desprende el perfume de Cristo y la fragancia del amor, de la compasión y la entrega por los demás. Su vida es un sacrificio de adoración y ofrenda a Dios: *“...y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo”.* (2ª Corintios 2:14.15)

Lázaro estaba en el sepulcro. ¿Acaso, tú también estás muerto desde hace tiempo? ¿Te has apartado de Dios? ¿Pudiera ser que tu corazón haya dejado de latir y tus pulmones de respirar? Pero

Jesús, el dador de la vida, ha llegado y hará el milagro de la resurrección. Pero el milagro no ocurre porque en la tumba hay una piedra reteniéndote que sólo tú debes quitar para ser libre. *“Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días. Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, veras la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto...”* (Juan 11:39.41)

Repetidamente hay una losa entre el milagro y nuestro corazón. ¿Qué piedra hay delante de ti? ¿Temor, vergüenza, rebelión? *“Dijo Jesús: Quitad la piedra”*. Que el Espíritu Santo te dé revelación para reconocer cuál es y fe para levantarla. La oración de Jesús por la resurrección de Lázaro fue escuchada antes de que moviesen la piedra pero, aun así, sólo fue contestada cuando la quitaron. *“...Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes.”* (Juan 11: 41.42). ¡Qué preciosa relación de confianza! La única manera de removerla es confesando y arrepintiéndote de tus pecados. Entonces Jesús realizará el milagro de una nueva vida. Éste es un momento clave para tu decisión. Si permaneces pasivo no ocurrirá nada pero, si clamas con todas tus fuerzas, Dios te responderá. Renuncia a todo aquello que te impide levantarte y deja que opere el Espíritu Santo para que puedas caminar en santidad.

El profeta Isaías alzó su voz para declarar el ayuno que le agrada a Dios. *¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo?* (Isaías 58:6). El propósito del ayuno escogido por Dios no es abstenerse de alimento, sino que nos consagrarnos, sacrifiquemos y evitemos las cosas que nos desvían en nuestra relación con Él, para dar prioridad a los necesitados y al cumplimiento de su voluntad divina, obedeciendo las siguientes instrucciones como vemos en el ejemplo cuando Jesús dijo: *“Desatadle, y dejadle ir”*.

1º desatar las ligaduras de impiedad. Todo cuanto hacemos fuera de la voluntad de Dios, aunque resulte aparentemente muy correcto delante de los demás, son lazos que nos atan a las mentiras del diablo, convirtiéndonos en aliados suyos. *“Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición.”* (Mateo 15:6). Es necesario renunciar al pecado y vencer las debilidades personales y entonces lograremos sin dudar “desatar las ligaduras de impiedad” en nuestra vida.

2º soltar las cargas de opresión. Los demonios siguen oprimiendo a los cristianos dentro de la iglesia. Vienen como nubes a aplastarnos sin que nadie siquiera les moleste o reprenda. Hay espíritus de vergüenza, angustia, depresión, religiosidad, lujuria, temor. Son cadenas espirituales y

Dios desea que nos esforcemos en “soltar las cargas de opresión” para desatar a los cautivos. “... *me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos.*” (Lucas 4:18)

3° dejar ir libres a los quebrantados. Cuando hablamos de quebranto nos referimos a la sanidad emocional. Dios quiere cortar con el sufrimiento de los recuerdos de desgracias y situaciones traumáticas para vivir en el presente y caminar hacia el futuro. Libres de las heridas del pasado. “*El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.*” (Salmo 147:3)

4° y que rompáis todo yugo. La Biblia dice: “*No os unáis en yugo desigual.*” (2ª Corintios 6:14). Este yugo desigual se refiere al Antiguo Testamento. “*No ararás con buey y con asno juntamente.*” (Deuteronomio 22:10). Debido a las diferencias de tamaño y fuerza, éstos no pueden arrastrar un arado de forma pareja porque van a distinto paso. Del mismo modo, algunos habéis hecho yugo desigual en relaciones, negocios, amistades, familiares y el más fuerte tira subyugando al otro. Rómpelo en la autoridad de Jesús y quedarás libre para obedecer a la voz del Espíritu Santo y no a las obligaciones e imposiciones de los incrédulos. “*Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles.*” (1ª Pedro 4:3)

Muchos pensaron que Jesús llegó cuatro días tarde a la tumba de Lázaro, pues no se presentó cuando Marta y María querían “...*Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto*” (Juan 11:21). No hay pensamiento más triste que éste. Yo mismo también creo que Jesús está llegando tarde. En los años noventa aguardaba que Él restaurara la iglesia tras la división que sufrieron nuestras congregaciones, pero Dios tiene un tiempo perfecto para obrar, a pesar de que nos desesperamos. Muchas veces clamó al Señor: “Resucita la iglesia, trae avivamiento”. Pero antes debe reavivarse en la iglesia el Espíritu de gracia, de súplica y llanto. Vino Jesús, “...*llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió...*” (Juan 11:33). Dios está reclamando un pueblo humilde e intercesor que sepa orar con los gemidos indecibles y profundos del Espíritu “...*ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas...*” (Hebreos 5:7)

Jesús permitió que Lázaro muriera para manifestar la gloria de Dios. De lo contrario, no sabríamos qué es la resurrección, si no conociéramos la muerte. Entiendo ahora que el Señor está de camino. Dios nunca llega tarde y nunca llega anticipadamente. Él llega en el momento preciso. De cierto, Cristo levantará Su iglesia conforme a Su propósito y el avivamiento vendrá según Su plan; pero evidentemente sin muerte no habrá un mañana de Resurrección.

Adán y Eva estaban escondidos. Lázaro en la tumba.

Y “...*Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?*” (Génesis 3:9)